

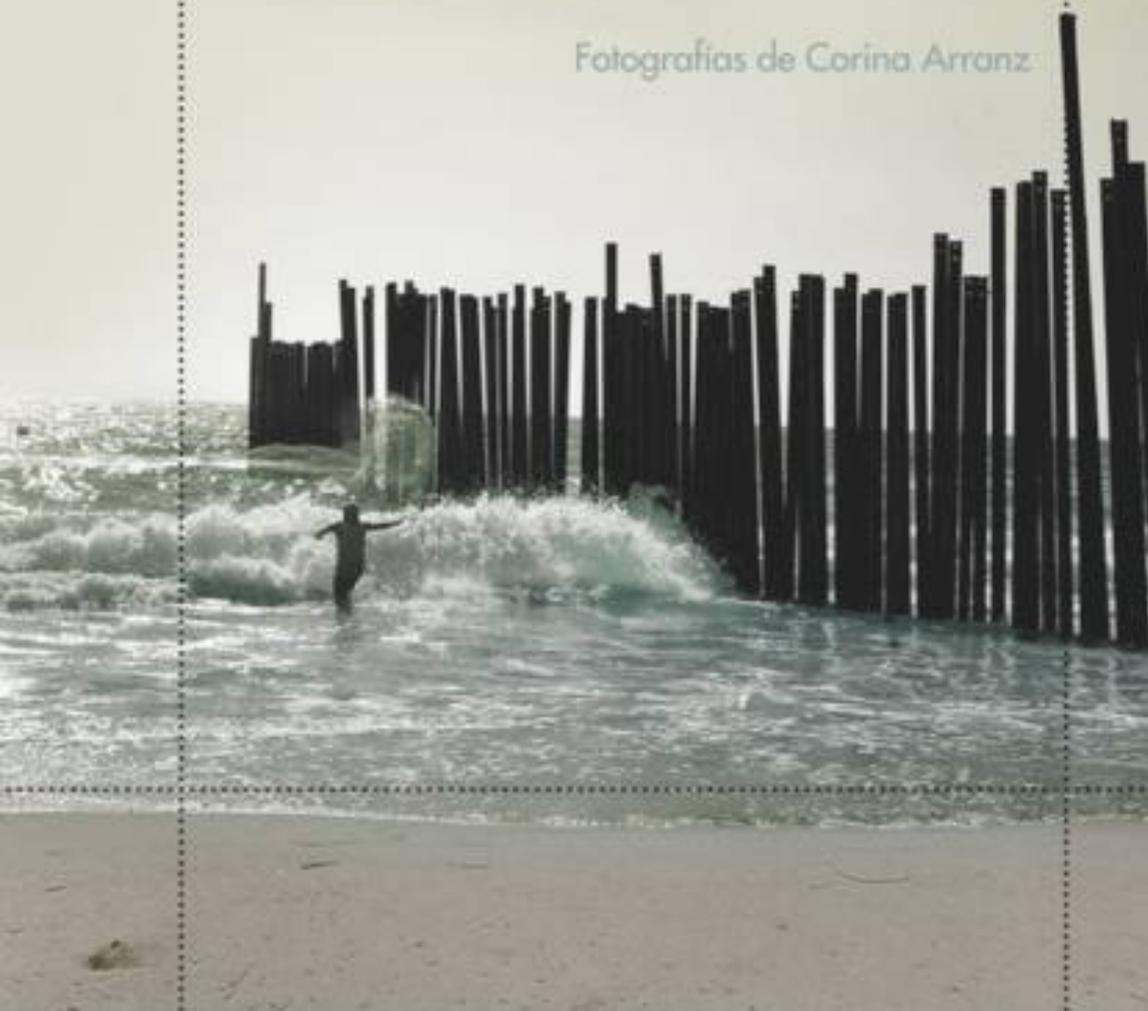
PENÍNSULA ODISEAS

El rumor de la frontera

Alfonso Armada

Viaje por el borde
entre Estados Unidos y México

Fotografías de Corina Arranz



ÍNDICE

Portada
Mapa
Prólogo a esta edición
Rumbo Oeste
La tierra de los hechizos
Laboratorio hispano
Los vencedores escriben etcétera
El calvario de Corpus Christi
Boxeando contra sombras
Riberas de Matamoros
Narcocorrido
El chalán del tiempo
Margarito López, peyotero
La migra de Laredo
Doña Ninfa
La cofradía de la Santísima Muerte
1.37 PM en El Cenizo, 9.37 PM en Irak
Aire de maquiladora
Al oeste del Pecos
Espejismos en la región de la Gran Curva
Dostoievski en Texas
El Paso del Norte
Chéjov, calcinado
La geografía del mal
Océano de yeso

En el camino
La Reina del Cobre
Al Garza, vigilante
Samaritanos
Morir no entra en los planes de la gente
Teoría del cactus
No olvidado
Pequeños estragos
Hierro viejo
Al final de este viaje

LA CANCIÓN DEL OCOTILLO

0

0 (bis)

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Agradecimientos

Bibliografía

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

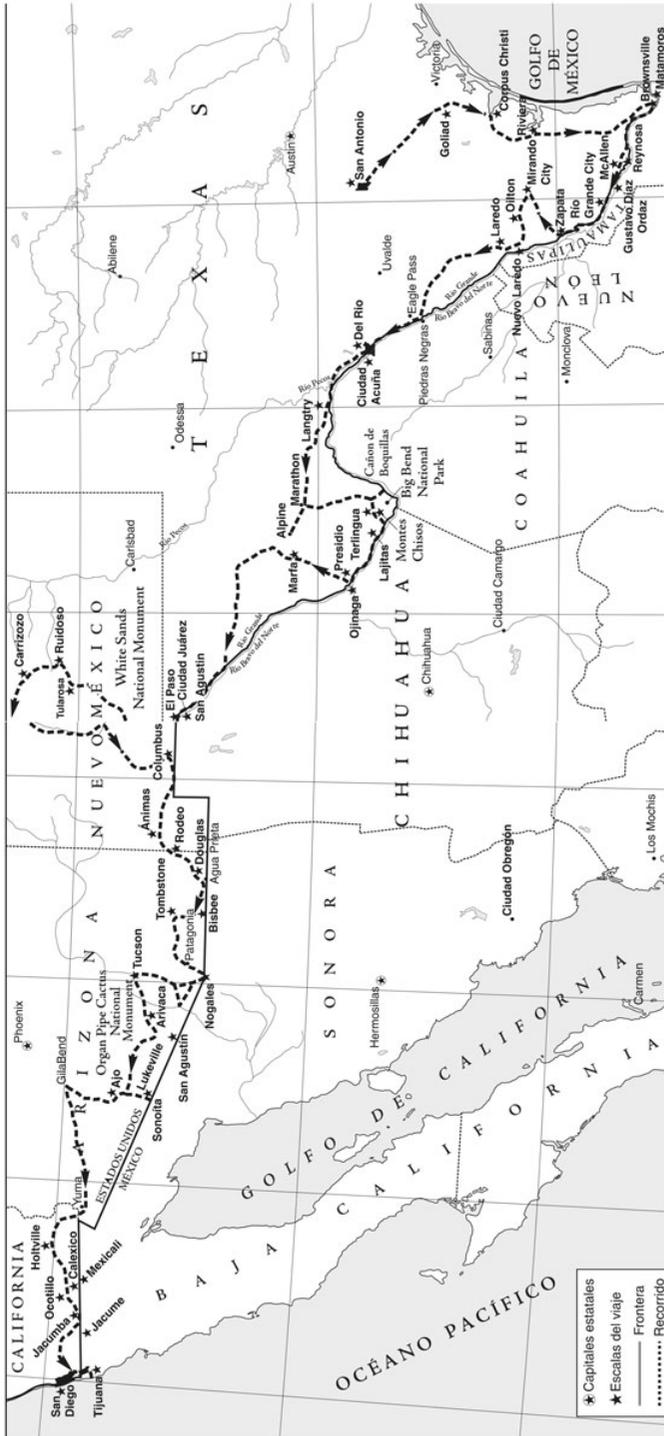
¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte



PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

PORQUE EN REALIDAD SEGUIMOS EXTRAVIADOS

¿Cómo leemos? Como si diera lo mismo. ¿Cómo vivimos? Como si la muerte no existiera. ¿Cómo pensamos? Como si la historia ya estuviera escrita. ¿Cómo morimos? Sin la menor certeza.

La escritura es un animal obsceno que se mira en el espejo de sus antepasados para beber tinta que se nutre de realidad y de metáforas. Como los mapas. Una de las más afortunadas.

Si escarbamos lo bastante en nuestra genealogía descubriremos que todos venimos de otro lugar, y que la estirpe, como la propiedad, los lindes, las fronteras, no es más que una convención. Más que escribir este prólogo, que quiere interpelar al emigrante potencial que todos llevamos dentro, y que volveremos a ser en el futuro, lo queramos o no, lo que de verdad me hubiera gustado es volver a hacer el viaje. Pero con todo el tiempo del mundo, ese lujo que nunca tenemos. Si he descubierto algo entre la ya alejada primera edición de este *Rumor* y la que ahora sale como un mensaje en otra botella lanzada al mar es que necesitamos escuchar más: las voces de los otros, la voz de los ríos, la voz de los animales, la voz del viento entre los árboles. Lo

que a fin de cuentas hace Svetlana Alexiévich y ha venido a corroborar el premio Nobel de Literatura: de alguna forma, una recompensa para todos los cronistas que no dejan de serlo, que no han roto el pacto sagrado con el lector.

Teníamos que haber vuelto a la frontera. Hacer el viaje en sentido inverso, desde San Diego y Tijuana hasta Brownsville y Matamoros, y por supuesto demorarnos mucho más tiempo en Jacumba para saber qué fue de la guapa mayordoma Belia Ramos y de un asturiano llamado Francisco Alonso Granda a quien la suerte apenas le sonrió en la vida y se desvivía de sol a sol cultivando las tierras del lado estadounidense de la existencia para sacar adelante a su prole mexicana. En Holtville podríamos comprobar si Martín Sánchez sigue siendo el enterrador que se hallaba de viaje en la ida y si se ha visto obligado a ampliar el campamento para los migrantes que no importan, esos de los que con tanta exactitud como rabia y misericordia habla el reportero salvadoreño Óscar Martínez en un libro —*Los migrantes que no importan*— que se escribió después de nuestro periplo y que ahora ya forma parte de mi ajuar para calcar el mundo. Allí, apenas al comienzo de su propio viaje, le pregunta uno de los tres compatriotas que huyen al Norte, al país que un tal Trump ha prometido limpiar de hispanos ilegales: «Disculpá, espero que no te ofenda, pero hay algo que no entendemos. ¿Por qué nos ayudás? ¿Por qué te importa?».

Si volviéramos algún día a emprender el viaje en sentido contrario, del Pacífico al Atlántico, tendríamos que desviarnos una vez más en Ocotillo y preguntar qué fue de la entonces niña solitaria Jessie Jones y de sus perros, y desde luego quedarnos más tiempo con Julia Caldera en Ciudad Juárez para ver si le devolvieron ya los verdaderos restos de su hija desaparecida, y hablar con Nuestras Hijas de Regreso a Casa, y preguntar a Raúl Fierro Echevarría, el médi-

co que tenía tanto de Chéjov, si la vida seguía valiendo tan poco allí como cuando la retrató mi querido Sergio González Rodríguez en *Huesos en el desierto* y a Roberto Bolaño le sirvió para el tuétano de su *2666*.

Si volviéramos a hacer el viaje en sentido contrario al que en julio de 2005 nos llevó de Este a Oeste en zigzag a lo largo de la linde que era una especie de tercer país, y acaso lo siga siendo, deberíamos volver a Marfa a preguntar por Dostoievski y en El Cenizo por Juana Velasco y Rodrigo Rodríguez y su tristeza. Y, por supuesto, comprobar los estragos de la Santa Muerte en ese territorio donde el narco no ha cedido, y buscar a Doña Ninfa y a todos los que se siguen jugando el tipo por contar la verdad, y ver si Margarito López sigue bien de salud y ejerciendo de peyotero, y si la *constable* Annette Muñoz, que vigilaba la frontera con más humanidad que la migra, ha aprendido a hablar con los caballos con la misma elocuencia que Margarito.

Porque en realidad seguimos extraviados. Lo constatamos en la 9 West y en un villorrio llamado Ánimas, por donde al parecer cruzó la loba herida de Cormac McCarthy. La frontera sigue intacta, dividiendo como una falla teológica y económica dos mundos que se necesitan y se repelen, imantados por la necesidad y el dolor. He seguido prestando atención, con un océano por medio, gracias a libros como *Los migrantes que no existen*, crónicas, fotografías y relatos, a ese rumor, esa frotación de las capas tectónicas que, como un sismógrafo moral, dan cuenta de en qué nos hemos convertido. Gracias a Óscar Martínez encuentro la confirmación de una sospecha que quise corroborar de un *sheriff* y de un agente de la migra: «El 28 de marzo de 2008 un juez federal estadounidense multó con más de 4 millones de dólares a la compañía Golden State Fencing, la que lo construyó [el muro de la zona de San Diego], porque, pa-

ra abaratar costos, emplearon a mexicanos y centroamericanos indocumentados». Si indocumentados construían el muro, indocumentados levantaban cuarteles de la migra y cárceles para ellos mismos y los que siguieran viniendo al sueño, tras sus pasos.

Si no hacemos caso de Wislawa Szymborska, y no atendemos a este juego de reglas desconocidas, nuestro extravío será irremediable. La frontera es, como las *Voces de Chernóbil* de Svetlana Alexiévich, la crónica del futuro. La que está todavía por escribir. En la medida que dejamos de lado la compasión nos extraviamos. Perdemos el sentido del viaje. Nuestra brújula.

A. A.

Madrid, octubre de 2015

RUMBO OESTE



Un vaquero y un coyote que aúlla a la entrada de un rancho de Arivaca, Arizona.

SAN ANTONIO

La fascinación es niña. Mi primera frontera fue la de Portugal. En aquella época perdida entre nieblas y espectros, el extranjero resultaba tan enigmático como la carne de las mujeres, y los grandes hoteles de Oporto y de Lisboa pasajes a un mundo extraordinario en el que todo lo devorado irrestrictamente en los libros cobraba vida instantánea, terrible y maravillosa. Cuando regresábamos a España no habíamos crecido lo bastante para poder elegir la ruta y el momento, y el coche que conducía mi padre, un Tiburón, era una fortaleza que parecía proteger de todas las asechanzas del futuro. Pero siempre que cruzábamos la frontera en sentido inverso era domingo por la noche, llovía, y a *raia* rezumaba una incurable melancolía. Las fronteras no han dejado desde entonces de atraparme como si tras su línea de puntos en los mapas se escondiera una verdad íntima y universal, tanto las fronteras que son metáfora como las concretas e infranqueables del extinto telón de acero. La que corre entre México y Estados Unidos ha estado en el corazón de mi deseo por razones que uno puede sospechar, pero que nunca se habrán de esclarecer o de desvelar del todo. Porque no es posible. Lo escribe mejor Cormac McCarthy en su novela titulada precisamente *En la frontera*: «Usted cree que debe quedarse donde está. Lo que creo es que los muertos no tienen nacionalidad. [...] El mundo